

DULCINEA DEL TRUE CRIME II — EXPEDIENTE EXTRAÑO

Del turista que no era turista o del peligro de las conclusiones apresuradas en la era del Airbnb

Nuevos casos, mismas personas

Empezó un jueves de julio, con una maleta de ruedas que hacía un ruido particular sobre los adoquines de la calle Alameda, ese traqueteo metálico que se oye desde dos portales de distancia y que don Justo, en sus tiempos de portería, había aprendido a distinguir del de las maletas con ruedas de silicona, que eran más silenciosas y, en su clasificación informal, más sospechosas, sin que él hubiera sabido nunca explicar del todo por qué.

La maleta entró en el número catorce a las seis y media de la tarde, empujada por un hombre de unos treinta años, piel morena, acento que don Justo no supo ubicar con precisión —algo del norte de África, quizá, o de Oriente Medio, no estaba seguro y esa misma incertidumbre, advertiría más tarde, ya era parte del problema— y una mochila pequeña además de la maleta grande.

Don Justo, que había bajado a tirar la basura, lo vio entrar en el portal con una llave que no era la del portero automático tradicional sino una tarjeta magnética, abrir el ascensor y subir directamente al cuarto piso.

Al cuarto piso, donde no vivía ningún hombre de unos treinta años con acento que don Justo no supiera ubicar.



De la libreta azul, reactivada para la ocasión

La libreta azul —ya consagrada, después del episodio del ascensor y la inteligencia artificial, como el cuaderno de "*cosas que merecen veinticuatro horas antes de actuar*"— recibió esa noche su primera entrada del verano:

Hombre, treinta años aprox., entrada 4º piso con tarjeta magnética no habitual. Maleta grande + mochila. Posible alojamiento turístico no autorizado. Verificar antes de actuar.

Don Justo cumplió su propia regla. Esperó. Pero las veinticuatro horas, esta vez, no transcurrieron en calma, porque al día siguiente vio entrar a una segunda persona con una maleta y al tercer día a una tercera y para el viernes había contado cinco personas distintas entrando y saliendo del cuarto piso en setenta y dos horas, lo cual, en un edificio donde él había vivido y trabajado durante treinta y un años y donde el cuarto piso llevaba dos décadas habitado por la misma familia, era, objetivamente, una anomalía.

El problema no fue la observación. La observación era correcta: algo había cambiado en el cuarto piso. El problema fue la velocidad con la que don Justo, sin proponérselo del todo, empezó a construir una explicación que combinaba dos ingredientes que por separado eran inocentes y juntos formaban algo que no lo era.



De los dos ingredientes

El primer ingrediente era el más fácil de admitir: el alojamiento turístico no autorizado. Don Justo conocía el reglamento de la comunidad de memoria, porque lo había redactado en parte él mismo durante sus años de portero y sabía que el cuarto piso no figuraba entre las viviendas con autorización para uso turístico. Cinco personas distintas en tres días, con maletas, entrando con tarjetas

magnéticas, era el patrón clásico de un piso turístico no declarado: la rotación de huéspedes, el sistema de acceso automatizado para no depender de un anfitrión presencial, la ausencia de cualquier interacción con los vecinos.

Esto, hasta aquí, era una hipótesis razonable basada en una observación correcta. Don Justo podría haberla verificado de manera simple: preguntando al presidente de la comunidad, consultando el registro de la finca o sencillamente llamando al timbre del cuarto piso con cualquier excusa.

No lo hizo. Y aquí entró el segundo ingrediente, que era mucho más difícil de admitir: la nacionalidad o el origen presunto del primer hombre que había visto entrar, combinado con la palabra *"alojamiento turístico no autorizado"*, había generado en la cabeza de don Justo, sin que él lo formulara nunca en esos términos explícitos, una asociación con un tipo distinto de preocupación. Algo relacionado con la palabra *"red"*, con la palabra *"tráfico"*, con un vocabulario que él había dejado de usar en voz alta hacía más de un año pero que, descubrió esa semana, no había dejado de existir en algún rincón de su cabeza.

No lo anotó en la libreta. Pero llamó a Modesto con una pregunta que no era exactamente la pregunta que debería haber hecho.

—Modesto, ¿tú has hecho algún episodio sobre cómo operan las redes de trata usando pisos turísticos como tapadera?

Hubo un silencio al otro lado, el silencio específico de Modesto cuando algo le hacía dudar.

—¿Por qué me lo pregunta?

Don Justo se lo explicó: el cuarto piso, las maletas, las cinco personas en tres días, el hombre del primer día.

Modesto, que dieciocho meses atrás habría dicho *"tengo material para un episodio buenísimo"*, dijo algo distinto.

—Don Justo. Antes de seguir un solo paso más, quiero que me responda una cosa con sinceridad. Si en lugar del hombre que describió el primer día hubiera entrado una pareja de jubilados alemanes con maletas de ruedas, ¿habría usted pensado en redes de trata?

Don Justo no contestó enseguida.

—No —dijo finalmente.

—Entonces tenemos que hablar de eso antes de hablar de lo otro —dijo Modesto—. Y le voy a poner en contacto con Inés, porque esto es exactamente el tipo de cosa sobre la que ella lleva años escribiendo y que yo, hace dos años, habría amplificado sin pensarlo dos veces.

— ★ —

Lo que Inés explicó sobre el sesgo en la percepción del riesgo

—Lo que le ha pasado tiene un nombre y no es un nombre acusatorio, es descriptivo: se llama **sesgo de asociación racial en la percepción del riesgo** y es uno de los sesgos cognitivos mejor documentados en criminología y psicología social. No significa que usted sea una mala persona. Significa que, como casi todos los seres humanos que han crecido expuestos a décadas de representación mediática donde ciertos rasgos físicos o de origen aparecen sistemáticamente asociados a la criminalidad en noticias, series y, sí, también

en el true crime, su cerebro ha construido una asociación automática que se activa antes de que la parte consciente y racional pueda intervenir.

—La prueba de que es un sesgo y no una deducción lógica es exactamente la pregunta que le hizo Modesto: si la composición física o el acento de la primera persona que vio hubiera sido distinta, la hipótesis que se le ocurrió no habría sido la misma, a pesar de que los datos objetivos —cinco personas, tres días, maletas, tarjeta magnética— habrían sido idénticos. Eso es la definición misma de un sesgo: una variable irrelevante para el hecho objetivo que sin embargo cambia la interpretación.

Don Justo escuchaba con la libreta azul cerrada, lo cual, a esas alturas, ya era su manera silenciosa de indicar que estaba escuchando para entender y no para anotar una defensa.

—Esto tiene consecuencias muy reales, más allá de lo que pase en su cabeza —continuó Inés—. Cuando la sospecha basada en este sesgo se traduce en denuncias, en llamadas a la policía, en publicaciones en redes vecinales, en comentarios en grupos de WhatsApp, genera lo que se conoce como *sobre-vigilancia racializada*: personas de determinados orígenes que son sistemáticamente más vigiladas, más denunciadas y más sospechosas que otras en situaciones objetivamente idénticas. Esto tiene un coste humano enorme para las personas que lo sufren y además, esto es importante, tiene un coste para la propia seguridad: cada recurso policial dedicado a investigar una sospecha basada en sesgo es un recurso que no se dedica a investigar un riesgo real.

— ★ —

De lo que era el cuarto piso, en realidad

Don Justo, siguiendo ahora un protocolo distinto —el que Inés le había sugerido: verificar primero, desde la fuente más simple y menos intrusiva posible—, llamó al presidente de la comunidad.

El cuarto piso, le explicó el presidente con cierta sorpresa de que don Justo no lo supiera, llevaba dos años alquilado a través de una plataforma de alojamiento turístico, con autorización aprobada en junta —la misma junta, por cierto, donde se había votado lo del ascensor, aunque ese punto del orden del día había generado mucho menos debate—. Los propietarios, la familia que llevaba dos décadas viviendo allí, se habían mudado a Madrid por motivos de trabajo y habían decidido alquilar el piso por temporadas mientras decidían si vendían.

El hombre del primer día era un ingeniero informático de Casablanca que estaba en Olmeda del Espino por un proyecto de tres días relacionado con la implantación de un sistema de riego inteligente en una finca agrícola cercana, contratado por una empresa española. Las cuatro personas siguientes eran, en sucesión, una pareja de Países Bajos haciendo la ruta del Quijote, dos estudiantes de Erasmus visitando la región un fin de semana y un comercial de Valencia.

Cinco huéspedes distintos en tres días, exactamente como había observado don Justo. Una rotación perfectamente normal para un piso turístico bien gestionado en temporada alta.



De la conversación que don Justo no tuvo y de la que sí tuvo

Don Justo no llamó a la Guardia Civil. No escribió en ningún grupo de WhatsApp del barrio. No le contó a nadie su hipótesis inicial, salvo a Modesto e Inés, que eran exactamente las dos personas con quienes esa conversación tenía sentido tenerla.

Pero sí tuvo otra conversación, días después, con el ingeniero de Casablanca, a quien se cruzó en el portal cuando este volvía de su última jornada de trabajo antes de coger el tren de vuelta. Don Justo, que llevaba toda la semana sintiendo un peso difícil de nombrar, le preguntó, con la naturalidad que había aprendido a fingir incluso cuando no la sentía del todo, qué tal le había ido el proyecto del riego.

El hombre, que se llamaba Yassine, le contó con entusiasmo cómo el sistema que habían instalado permitía reducir el consumo de agua en un cuarenta por ciento mediante sensores de humedad conectados a una red que ajustaba el riego automáticamente. Hablaron diez minutos sobre agricultura inteligente, sobre la sequía en la Mancha, sobre lo bonito que le había parecido el pueblo a pesar de haber tenido tan poco tiempo para verlo.

Don Justo no le contó a Yassine lo que había pensado el primer día. No habría servido de nada salvo para hacer sentir mal a alguien que no tenía ninguna culpa de nada. Pero esa noche, en la libreta azul, escribió algo distinto de lo que solía escribir.

Cuarto piso: Airbnb autorizado. Cinco huéspedes en tres días: ingeniero, pareja holandesa, dos Erasmus, comercial. Nada que investigar.

Debajo, tras un momento mirando la página en blanco, añadió la pregunta que de verdad le importaba:

Lo que sí merece investigarse es por qué mi primera hipótesis, ante los mismos datos, cambió en función de quién entraba primero por la

puerta. Eso no lo resuelve Inés. Eso lo tengo que resolver yo, cada vez que vuelva a pasar. Porque va a volver a pasar.

El sesgo de asociación racial en la percepción del riesgo está ampliamente documentado en investigación criminológica y psicológica. No constituye una falla moral individual, sino un patrón cognitivo influido por la exposición sostenida a representaciones mediáticas sesgadas. Reconocerlo es el primer paso para contrarrestarlo: verificar antes de sospechar, preguntarse si la misma observación generaría la misma hipótesis con otro perfil de persona y recordar que la sobre-vigilancia de determinados colectivos tiene un coste humano real y, además, desvía recursos de la seguridad genuina.

No son casos. Son personas.

Esta obra es el resultado del trabajo creativo de sus autores. Para determinadas tareas de apoyo —como la organización de información, la estructuración de materiales y la asistencia en procesos de edición— se han empleado herramientas de inteligencia artificial. No obstante, la concepción, autoría, criterio y responsabilidad sobre los contenidos pertenecen exclusivamente a los autores humanos.